

La observación de bebés como herramienta y epistémica en psicoanálisis-análisis de un caso¹

Resumen: Este trabajo explora la observación de bebés como herramienta formativa y epistémica en el psicoanálisis, a través del análisis longitudinal de una díada madre-bebé en contexto migratorio. Se analiza cómo las experiencias maternas y culturales moldean el desarrollo temprano. La observación revela tensiones entre apego, autonomía y separación, iluminando procesos clínicos y vinculares profundos.

Palabras clave: Observación de bebés - Función materna - Contratransferencia - Relación madre-hijo.

Fernanda Ruiz-Tagle

Gradiva - Vol. XV - n. 1 - 2026 - pp. 36-47

1. Introducción

Una de las pioneras del psicoanálisis infantil, Anna Freud, creía que este no debía basarse solo en intuiciones o reconstrucciones, sino también en observaciones empíricas organizadas. Su propuesta sobre un 'enfoque dual', integraba la observación directa del infante con la reconstrucción analítica, permitiendo un enriquecimiento recíproco de ambos métodos.

En 1937, Anna Freud inaugura la guardería Jackson, la cual ofrecía cuidado diurno para niños de 12 a 17 meses, provenientes de familias pobres en Viena. Su objetivo era fomentar el desarrollo y la socialización de los niños, como también facilitar un espacio para la observación e investigación del desarrollo infantil. La guardería fue cerrada tras la anexión de Austria en 1938, lo que llevó a la familia Freud al exilio en Londres. En medio de la Segunda Guerra Mundial, Anna Freud y Dorothy Burlingham establecieron las Guarderías de Guerra de Hampstead, tres hogares residenciales que ofrecían refugio a niños de entre una semana y diez años. Estas guarderías tenían un cuádruple objetivo: intervención, prevención, investigación y formación (Pretorius, 2024).

Tanto en la guardería Jackson como en las de Hampstead, Anna Freud requería que el personal mantuviera registros meticulosos de sus observaciones bajo la premisa de anotar todo aquello que les llamara la atención, por cotidiano o excepcional que pareciera. Dichos registros abarcaban observaciones de bebés y niños pequeños en presencia y ausencia de sus madres, durante su alimentación, separaciones y reuniones con sus familias, interacciones con sustitutos maternos y pares, proceso de destete, control de esfínteres, la adquisición del lenguaje, etc.

A partir de estos datos observacionales nace el Hampstead Index of Psychoanalytic Developmental Levels (Índice Psicoanalítico de Niveles de Desarrollo Psicoanalítico de

¹ Trabajo aprobado por pares evaluadores doble ciego

Hampstead). Un sistema de clasificación creado para evaluar el desarrollo emocional y psicológico del infante, registrar las observaciones clínicas de los terapeutas, facilitar la comparación entre distintos casos clínicos y monitorear el progreso terapéutico a lo largo del plazo.

Esther Bick fue una de las célebres asistentes de los seminarios teóricos y de observación que conducía Anna Freud, y sería en su llegada a Londres en la clínica Tavistock, quien sistematizaría un método de observación que hoy representa un requisito en la formación de analistas infantiles y de adultos alrededor del mundo.

Para comprender la utilidad epistémica y clínica del método Bick en el desarrollo psíquico temprano, es fundamental reparar en la articulación entre el sostén corporal y la estructuración mental. Esther Bick (1968) propuso que, en las primeras etapas de las relaciones de objeto, la piel opera como una frontera proto-psíquica, constituyendo la primera línea de defensa de la mente. Cuando el cuidador sostiene físicamente al bebé, no solo le provee confort, sino que le otorga una ‘envoltura física’ indispensable para que el infante pueda, eventualmente, construir su propia envoltura psíquica. Al sentirse delimitado y contenido por su piel, el niño comienza a desarrollar el espacio interno necesario para albergar sus propios pensamientos y afectos. De este modo, el cuerpo no es un mero receptor biológico, sino el andamiaje fundacional sobre el cual se edifica la psique. El método Bick, mediante su encuadre de observación naturalista y semanal, permite captar en vivo estos estados de no-integración (Winnicott, 1945) y las corrientes sensoriales y afectivas fluctuantes que los acompañan. La regularidad del observador ofrece un marco que ayuda a elaborar cómo estas ansiedades primitivas, como el temor a la desintegración o al desparramamiento, van adquiriendo continuidad y estructura a través de la facilitación ambiental.

El método Bick es un modelo de observación naturalista, centrado en aspectos que son específicos de cada díada madre-bebé. El observador visita al infante en su hogar por una hora a la semana. La primera observación será lo más cercana a su nacimiento y la última, alrededor del segundo cumpleaños del bebé. El observador debe llevar un registro escrito de cada observación, el cuál compartirá en su grupo de estudios de observación, normalmente conducido por un supervisor experto, con el fin de apoyar los aspectos reflexivos de esta práctica.

La observación naturalista de bebés utiliza tanto lo que se puede ver como lo que solo se puede deducir o inferir, en gran medida a través de las respuestas contratransferenciales del observador, quien tiene la experiencia de estar frecuentemente expuesto a sentimientos dolorosos y primitivos.

Según Sternberg (2006) la investigación/observación infantil puede ayudar al psicoanalista a mejorar sus habilidades clínicas, entender mejor al paciente y comprender de mejor manera los estados infantiles que suelen presentarse en la consulta.

2. Mi observación

Esta observación fue realizada en el contexto de mis estudios de magister en psicología psicoanalítica del desarrollo impartido por UCL y el Anna Freud Centre, entre los años 2016 y 2017.

Marta y Alejandro son un matrimonio de poco más de treinta años. Ambos son originarios de diferentes ciudades del norte de un país mediterráneo y se mudaron hace dos años a Londres, porque Marta quería trabajar en el extranjero. Alejandro comenzó una maestría en Londres hace un año. La mayoría de sus familiares aún viven en su país de origen. El bebé Germán es el primer hijo de Marta y Alejandro. Conocí a la familia cuando María aún estaba embarazada y visité a la familia semanalmente en su hogar por la duración del año académico (10 meses).

2.1. La maternidad en un país extranjero

Convertirse en madre por primera vez tiene luces y sombras, especialmente cuando se está lejos. Esto se hizo evidente para mí respecto a la experiencia de Marta desde la primera semana que observé a Germán:

“Cuando entré al departamento, Marta tenía a Germán en brazos. Le dijo: ‘Esta es Fernanda, ella viene a conocerte; hemos tenido muchas visitas esta semana, ¿verdad?’ Explicó que habían recibido visitas de matronas para chequeos médicos, citas en el hospital y que los padres de Alejandro visitaron unos días para ayudarlos. Marta agregó que su madre vendrá la próxima semana y que después del nacimiento, se quedaron una noche más en el hospital para descansar y recibir ayuda médica.” (12 días)

La forma en que Marta le habla a Germán diciendo “hemos”, me hizo pensar en su experiencia como una díada, aún son un ‘nosotros’. Lo que le pasa a uno le pasa al otro. A la vez, una madre que le habla a su hijo tiene cierta noción de él como un sujeto separado y consciente o no, esta creencia le facilitaría a Marta ejercer la función materna de ‘yo auxiliar’ (Winnicott, 1945) para ayudarlo a Germán a construir una mente propia.

La necesidad física de un ‘contenedor’ se materializa tempranamente en el entorno del bebé y en las prácticas de cuidado. Durante una de las primeras visitas, cuando Germán tenía apenas 12 días, se le observó durmiendo en su cuna profundamente arropado, lo que aseguraba un sentido nítido de límite corporal: “Estaba cubierto por una sábana, una manta y un edredón”. Desde la perspectiva de Bick (1968), esta presión táctil y la superposición de capas proveen la envoltura necesaria para que el infante sienta que posee una forma coherente, previniendo la angustia primitiva de disolución. En este período temprano, la experiencia es predominantemente corporal y afectiva; la vida psíquica transita de forma cíclica entre la tensión del displacer y el alivio, adquiriendo una organización paulatina gracias a los patrones predecibles del ambiente.

Cuando Marta mencionó que los tres se quedaron un día más después del nacimiento en el hospital para permitir tiempo de descanso y ayuda médica, pensé en las ideas de Stern (1998) sobre la necesidad de la madre de contar con una matriz de apoyo. Un ambiente que pueda cuidarla para que ella pueda cuidar a su bebé. Marta no tuvo la oportunidad de tener la presencia de su propia madre durante el parto, y la mayoría de la ayuda médica que describió fueron figuras femeninas. Esto me hizo reflexionar sobre la “Constelación de la Maternidad” de Stern (1995), cuando describe el fenómeno maternal de múltiples identificaciones como madre y como hija y la necesidad de referencias maternales como la propia madre u otras figuras femeninas.

Cuando Germán tenía 9 semanas, me di cuenta por lo que comentaron Marta y Alejandro, que Alejandro tiene una herencia cultural particular dentro de su país y que por esa razón, se dirigen a sus familiares en su lengua original, diferente de la que compartimos:

“Marta se sentó con Germán frente a unas fotos que tienen junto al sofá. Germán miraba las fotos y Marta comenzó a narrar: ‘Este es “xxxx” y mamá, este es “xxxx” cuando era pequeño.’ Pregunté sobre la palabra “xxxx” y dijeron que es la palabra para padre en la región del país de donde es Alejandro.” (9 semanas)

Por lo que Alejandro compartió conmigo ese día, usar este nombre es una tradición familiar. Esto me hizo dar cuenta de lo relevante que debe ser para ellos, y especialmente para él, preservar estas prácticas como parte de su herencia cultural ante la posibilidad de que Germán crezca lejos de los orígenes de sus padres si se quedan en el Reino Unido. Esto también me hizo preguntarme sobre la experiencia continua de Germán de convertirse en un niño en un entorno de diversidad cultural y cómo esto influiría en su propia identidad.

2. 2. Relación madre-bebé

Marta tuvo que lidiar con altos niveles de ansiedad al ser madre por primera vez en un país extranjero, con su esposo estudiando la mayor parte del día fuera de casa y con un nivel significativo de incertidumbre sobre su futuro como familia. Esto se debía principalmente a que, como pareja, estaban en proceso de decidir si quedarse en el Reino Unido o regresar a su país de origen, dependiendo de las oportunidades laborales para ambos.

A pesar de estas turbulencias contextuales, considero que Marta intentaba manejar sus propias preocupaciones de manera bastante intencional, para que Germán viera en ella una figura contenedora. Esto me hizo pensar en su propia experiencia como niña y, cualquiera que haya esta sido, le permitió ofrecer una experiencia cálida del mundo a Germán.

Varias veces mientras observaba a Marta y Germán, pude ver cómo ella atribuía significado a sus movimientos y sonidos:

“Me senté al lado de Marta y vi a Germán chupando el pecho pacíficamente. Marta le dijo, de manera muy cariñosa: ‘esto no es para alimentarte; esto es porque quieres.’ (12 días).

La capacidad de Marta para imaginar lo que Germán podría estar sintiendo y responder a esas señales de manera amorosa, me hizo pensar en el concepto de “Preocupación Materna Primaria” (Winnicott, 1956), un estado mental de la maternidad donde las mujeres pueden identificar las necesidades de su bebé y creen saber exactamente lo que éste comunica, lo cual al mismo tiempo les permite nutrir esas necesidades. En ese momento, sentí que Germán tenía un momento sincronizado con su madre, ya que ella piensa que él no necesita alimentarse, pero aun así le permite aferrarse a su cuerpo.

La maternidad puede ser difícil para una mujer. A veces significa dejar atrás una parte de sí misma relacionada con la independencia. Marta siempre fue bastante honesta sobre esta lucha interna; sin embargo, pudo lidiar con la ambivalencia que sentía por Germán, es decir, el amor fuerte y apasionado que sentía por él, así como el resentimiento:

“Después de abrazarlo un rato, Marta le dijo a Germán: ‘ok, te voy a poner en tu sillita un rato, si no te gusta, dime, puedes llorar’. Marta comentó que sus manos le dolían por la postura que adopta cuando le da el pecho y que puede ser muy agotador ya que él siempre busca el pecho, pasa mucho tiempo chupando cada uno y casi parece que no solo está tomando su leche sino también su energía.” (7 semanas)

Mi interpretación es que esta viñeta muestra su capacidad de ser sincera consigo misma respecto al malestar que la maternidad puede traer a veces, así como su capacidad para priorizar las necesidades de su bebé. Ella se lastima por cargarlo; sin embargo, le permite saber que está bien si él necesita más abrazos. Esta ambivalencia me hizo pensar en las ideas de Winnicott (1949) sobre cómo hay varias razones por las cuales una madre puede “odiar” a su bebé, cómo el odio es importante para aprender a amar y necesario para el desarrollo y proceso de separación del bebé. En este sentido, siento que Germán tiene una madre que nutre sus necesidades, pero que también permitirá cierta agresión en la relación y una cantidad razonable de frustración para que él crezca progresivamente, como se muestra en la siguiente viñeta:

“Marta puso a Germán en la cama para poder sacar su pecho. Él lloró con un grito intenso que nunca antes había escuchado, con la cara roja y los ojos cerrados. Ella le decía con voz dulce: ‘No te enojés conmigo, estoy tratando de ver cuál es’ refiriéndose a sus pechos. Germán movía sus brazos mientras estaba acostado en la cama esperando el pecho. Marta me dijo que esa ahora es su señal de hambre.” (9 semanas)

Lo que muestra esta viñeta es la capacidad de Marta para interpretar sus movimientos como una forma de comunicación de sus necesidades, a las cuales responde ofreciéndole el pecho. Sin embargo, en esos breves segundos en que explora cuál pecho será más satisfactorio para él, le está dando la oportunidad de esperar, lo que con el tiempo le permitirá contactar con la realidad. Esto es lo que Winnicott describiría como una “madre suficientemente buena” (1960), una madre que disminuye poco a poco su adaptación a las necesidades de su bebé, para que éste pueda, a su propio ritmo, volverse más autónomo.

Parte de disminuir la adaptación al bebé también implica que la madre pueda recuperar algo de su autonomía y tener espacio en su mente para otros asuntos que no sean su bebé. Este también es un fenómeno esperado y saludable que Winnicott describió al hablar de la “Preocupación Materna Primaria” (1956), indicando que es necesario que la madre, en el momento adecuado, salga de este estado para permitir cierta separación y, por ende, crecimiento para su bebé:

“Marta me dijo que por primera vez dejaron a Germán con una niñera que también cuidaba a los hijos de unos amigos. Dijo que tanto ella como Alejandro salieron por unas horas con algunos amigos del curso de maestría y que antes de irse se aseguraron de que la niñera pudiera interactuar bien con Germán. Cuando regresaron, la chica les dijo que no fue nada difícil porque Germán pasó la mayor parte del tiempo durmiendo y que es muy tranquilo.” (15 semanas)

Marta empezó a mostrar la capacidad de permitir que otras personas confiables cuiden a Germán y, casi al mismo tiempo, a pensar en tener más hijos. Marta aún ama y cuida a Germán, pero también puede pensar y sentir que él no es lo único que tiene en su vida. Esto posiblemente signifique cierta frustración para Germán, ya que todo lo que ha conocido hasta ahora es ser la única prioridad de su madre,

pero al ir dándose cuenta poco a poco de que es realmente separado de ella, podrá construir su propia mente.

Unas semanas después, Sandra, una amiga de Marta, vino de visita desde su país, ya que se mudaba al Reino Unido y acababa de saber que estaba embarazada:

“Marta y Sandra conversaban mientras Germán estaba sentado en su sillita calmadamente mirando a su madre, quien estaba sentada a un metro de distancia. Sandra quiso sostener a Germán. Él mostró incomodidad al principio hasta que estuvo sentado en el regazo de Sandra mirando el rostro de su madre.” (18 semanas)

En ese momento me impresionó mucho la capacidad de Germán para mantenerse físicamente separado de Marta y aparentemente seguir contenido solo con observar su presencia. Pensé que esto era un logro notable en su desarrollo, ya que puede que ya no necesite sentir el cuerpo de Marta para saber que ella está ahí con él. Esto me hizo pensar en las ideas de Winnicott (1958) sobre la capacidad de estar solo y cómo esto podría significar que Germán ha tenido suficientes buenas experiencias afectivas en relación con su madre para poder tolerar la separación con menor angustia.

2.3. ¡Ya eres un niño grande!

Durante el tiempo que observé esta díada, la preocupación que Marta mostraba por el peso y tamaño de Germán fue un tema recurrente. Puede ser relevante mencionar que ambos padres de Germán tienen una estatura inferior al promedio, por lo que inicialmente atribuí esta preocupación a un sentimiento de extrañeza: ¿cómo estos padres podían tener un bebé tan grande? Esto era algo que Marta se preguntaba en voz alta a veces. Sin embargo, a medida que avanzaban las observaciones, empecé a sentir que también había un grado de orgullo en Marta por tener un “niño grande”.

Eventualmente, ese orgullo se devino en una respuesta a sus propias ansiedades frente a la inminente separación que sufrirían cuando ella regresara al trabajo, cuando Germán cumpliera 7 meses. En otras palabras, Marta necesitaba saber que su bebé era lo suficientemente grande como para estar solo.

Durante el primer mes de vida de Germán, Marta lo alimentó exclusivamente con su pecho. Generalmente, al comienzo de cada observación yo preguntaba cómo había sido su semana como forma de saludo, y ella comentaba cómo estaba creciendo más y más:

“Marta dijo que estaba bastante impresionada de que hubiera ganado tanto peso casi solo con lactancia materna. Estuve de acuerdo con ella, ya que pude notar cómo ahora le había salido una papada” (9 semanas)

Cuando Marta compartió este pensamiento conmigo, pude ver alegría en su rostro. Sentí que realmente estaba sorprendida, pero no solo por los misteriosos caminos de la naturaleza, sino también por su propia capacidad de alimentar a este bebé con sus propios recursos y permitirle crecer tanto. Estaba orgullosa.

El peso y tamaño de Germán seguían siendo un tema frecuente casi cada vez que los visitaba. A veces se presentaba como una preocupación por la salud:

“Germán no debía ser pesado hasta el próximo mes; sin embargo, Marta pidió una cita anticipada porque quería saber si debía regular su alimentación, ya que le preocupaba que estuviera creciendo demasiado. Una vez pesado, descubrió que estaba en el percentil más alto de crecimiento para su edad. Marta añadió que siente que ya se ve demasiado grande para seguir amamantándolo y que, como volverá al trabajo, planea destetarlo el próximo mes para que tenga un mes completo sin lactancia antes de su regreso al trabajo.” (16 semanas)

Cuando Marta volvió a sorprenderse de que Germán fuera grande para su edad, sentí que también estaba diciéndome que se sentía orgullosa y tranquila, ya que no tenía sobrepeso, sino que estaba creciendo. Creo que no es coincidencia que mencionara su plan de destete en ese momento, tras darse cuenta de que su hijo se estaba “haciendo mayor”, ya que el principal objetivo de su anticipación era darle a él (y a ella misma) la oportunidad de adaptarse progresivamente a la separación. Me pregunté si su necesidad de verlo capaz de lidiar con su ausencia influyó de alguna manera en su crecimiento rápido y significativo, como una forma de responder a su entorno, específicamente, a su madre.

Cuando Germán tenía unas 16 semanas, los acompañé a dar un paseo:

“Marta intentó ponerse el portabebés y luego poner a Germán dentro. Noté que cuando lo levantó e intentó meterlo, una de sus piernas estaba en una posición incorrecta, así que le dije ‘espera’ e intenté ayudarla. Ella dijo ‘no, déjalo, prefiero que nos las arreglemos solitos porque cuando estemos solos no tendremos ayuda’. Le dije que estaba bien. Ella se alejó caminando y notó lo que había pasado con su pierna y me dijo ‘está mal, ¿verdad?’. Nuevamente le dijo a Germán que cuando yo no esté para ayudar, tienen que poder arreglárselas solos.” (16 semanas)

Para ese momento, había conocido a esta familia hacía 5 meses y sentía un gran afecto por ellos. Sin pensarlo, intenté ayudar cuando vi que su pie estaba en una posición incorrecta, porque sentí miedo de que pudiera sentir dolor. Creo que también sentí la necesidad de cuidar a Marta y ayudarla, ya que sentía que debía afrontar muchas exigencias diarias con Germán, en su mayoría sola. Creo que ella también era consciente de esto, y probablemente mis sentimientos estaban influidos por mi contratransferencia. Para mí, esta viñeta muestra no solo su conciencia de un factor contextual como la falta de una red social, sino también que cuando dice que ambos deben aprender a arreglárselas solos, de algún modo está haciendo referencia a su futura separación.

Esta escena del portabebés devela no solo la realidad contextual de la díada (la falta de redes de apoyo), sino el modo en que el impacto contratransferencial en el observador sintoniza con las ansiedades de la madre. La urgencia por intervenir y «ayudar» que experimenté refleja, por identificación inductiva, la desesperación y la sobreexigencia con la que Marta tramitaba el cuidado en soledad. Siguiendo a Wilfred Bion (1962) y los desarrollos sobre la función de contenedor/contenido, la madre recibe las proyecciones de angustia intolerable del bebé —como el grito intenso de hambre observado a las 9 semanas— y las metaboliza a través de su capacidad de reverie. Sin embargo, la observación Bick nos permite vislumbrar que este proceso no es unidireccional ni carente de fallas: la madre introduce sus propios aspectos contratransferenciales en el vínculo. La ansiedad de Marta frente a la separación laboral inminente tiñe la lectura que hace de los hitos del desarrollo de Germán, empujándolo activamente a «arreglárselas solos» o a mostrar «trucos» de fuerza corporal para los que aún no está maduro. Como señala

Harris (1987), la contención materna no es una sintonía perfecta, sino una capacidad «suficientemente buena» para recibir, modular y sobrevivir a las proyecciones primitivas sin desorganizarse, permitiendo que el infante tolere progresivamente la diferenciación y la realidad externa.

Casi un mes después, cuando Germán tenía unas 19 semanas, Marta empezó a buscar trabajo tanto en el Reino Unido como en su país de origen. Esto se debía a que, como pareja, ella y Alejandro aún no sabían dónde vivirían en los próximos meses, y esto se había convertido en una preocupación para Marta en términos de proporcionar a Germán un entorno estable. Por esa época sentí que su ansiedad respecto al futuro ocupaba más espacio en su mente, y le preocupaba que, como ella era el único entorno que Germán conocía, no estaba siendo capaz de darle toda la atención que necesitaba. Creo que en ese momento fue cuando más necesitaba sentir que Germán era lo suficientemente grande como para manejarse sin ella:

“Vamos a mostrarle a Fernanda los nuevos trucos que aprendiste”. Marta dijo que sabía que probablemente aún no era posible que gateara, pero sentía que estaba ganando fuerza en su cuerpo. Lo puso boca abajo en la manta de juegos y pude ver que era capaz de sostener su cabeza por varios segundos. Marta puso algunos de sus juguetes frente a él para que se moviera a atraparlos, pero no podía hacerlo solo. Marta lo ayudó moviéndole los brazos y las piernas y dijo: “¡ya eres un niño grande!” (19 semanas)

Tuve sentimientos encontrados, ya que pensé que estaba presenciando un momento muy dulce de disfrute y juego recíproco. Sin embargo, al mismo tiempo sentí una especie de desesperación en Marta respecto a logros que su hijo aún no podía mostrar como signos de crecimiento y maduración. Creo que para sentirse tranquila dejando a Germán unas horas cuando volviera al trabajo, necesitaba convencerse de que él era lo suficientemente grande como para enfrentar su ausencia. Sentí que su preocupación por él también era una preocupación por ella misma y por si sería capaz de retomar su vida anterior ahora que Germán estaba en su vida.

Es relevante destacar que este crecimiento y diferenciación no posicionan al infante como un receptor meramente pasivo de los cuidados o de las proyecciones maternas. Si bien las teorías clásicas enfatizaban la indefensión, la investigación contemporánea e intersubjetiva (Beebe, 2005; Salomonsson, 2018) rescata la competencia relacional del bebé, quien participa activamente en un micro-intercambio y en un «proto-diálogo» afectivo y corporal. Hacia el final del tercer mes, Germán demuestra que su mundo se ha expandido más allá de las necesidades puramente somáticas hacia una curiosidad interpersonal activa: busca la mirada amplia, se sostiene frente a los estímulos y co-construye con la madre el ritmo de la relación. El self emergente de Germán se consolida, por ende, en el interjuego entre las demandas de su propio cuerpo, las ansiedades transferidas por la madre y su propia capacidad de agencia relacional.

2. 4. El Cierre

La última vez que vi a Germán tenía 20 semanas. El último mes de observaciones había sido bastante intermitente y empecé a tener una sensación extraña sobre la relación que Marta y yo habíamos construido durante 5 meses, la cual había sido muy fluida anteriormente. Por distintas razones, parecía difícil para nosotras encontrar fechas

para vernos, hasta que propuse que empezáramos a pensar en una fecha de cierre, ya que entendía que estaban atravesando las vicisitudes de decidir dónde vivir. Logramos vernos una vez más y pude notar que ella se sentía bastante sensible:

“Marta dijo que lloró esta semana al pensar en la separación que ella y Germán sufrirán cuando vuelva al trabajo. Ha estado preocupada por encontrar la mejor guardería para él dentro del presupuesto que pueden pagar y cómo, si Alejandro consiguiera un buen trabajo en el Reino Unido, ella podría eventualmente trabajar medio día para pasar más tiempo con Germán.” (20 semanas)

Ese día le pregunté si podíamos pensar en dos semanas más de observación para tener un cierre progresivo. Sin embargo, de manera muy amable, me dijo que, con su regreso al trabajo y la situación familiar, pensaba que le sería muy difícil encontrar tiempo para verme. Esa fue la última vez que los observé.

Entendí sus razones en ese momento, ya que era muy consciente de todas las dificultades por las que habían pasado. A pesar de esto, me fue muy difícil interiorizar esa despedida, especialmente porque fue muy abrupta y discordante con la calidez de la relación que habíamos desarrollado durante los últimos 5 meses. Me pregunto si, así como necesitaba que Germán creciera para poder enfrentar con calma su regreso al trabajo, también necesitaba que yo permaneciera como parte de ese período idílico que ambos disfrutaron juntos y que no volvería. Por lo tanto, ya no tenía un lugar en esta nueva etapa de sus vidas. Luego de la despedida, llevé mis últimas observaciones a mi seminario grupal, donde solté un llanto desconsolado. Un llanto por la separación. La mía de ellos, la mía de mi hogar en Chile, la de Marta y Germán, la de mi propio bebé interno y mis cuidadores.

3. Conclusión

En este trabajo hice una breve descripción del método de observación de bebés, argumentando que representa una herramienta valiosa tanto en la formación clínica como en la comprensión profunda del desarrollo psíquico temprano. A través del seguimiento de una díada particular, este trabajo pretende aportar al entendimiento de la maternidad en un contexto migratorio. La experiencia observacional no solo iluminó aspectos clave del desarrollo emocional del bebé, sino que también ofreció una vía de reflexión sobre los propios procesos internos del observador, reafirmando el valor epistémico y clínico de esta práctica en el campo psicoanalítico.

- Beebe, B.** (2005). Mother-infant research informs mother-infant treatment. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 60(1), 7–46. <https://doi.org/10.1080/00797308.2005.11800744>.
- Bick, E.** (1964). Notes on infant observation in psycho-analytic training. *International Journal of Psychoanalysis*, 45, 558–566.
- Bick, E.** (1968). The experience of the skin in early object relations. *International Journal of Psychoanalysis*, 49, 484–486.
- Bion, W. R.** (1962). *Learning from experience*. Heinemann.
- Freud, A.** (1937). *The ego and the mechanisms of defence* (C. Baines, Trad.). Hogarth Press. (Trabajo original publicado en 1936).
- Harris, M.** (1987). Some notes on maternal containment in “good enough” mothering. En M. Harris Williams (Ed.), *Collected papers of Martha Harris and Esther Bick* (pp. 141–165). Karnac Books.
- Pretorius, I. M.** (2024). The value of direct child observation in a therapeutic parent-toddler group, for students of psychoanalysis. *Infant Observation*, 27(2), 102–116. <https://doi.org/10.1080/13698036.2024.2354395>.
- Salomonsson, B.** (2018). *Psychodynamic interventions in pregnancy and infancy*. Routledge.
- Stern, D. N.** (1995). *The motherhood constellation: A unified view of parent-infant psychotherapy*. Basic Books.
- Stern, D. N.** (1998). *The interpersonal world of the infant: A view from psychoanalysis and developmental psychology*. Karnac Books.
- Sternberg, J.** (2006). Infant observation at the heart of training. *Infant Observation*, 9(1), 91–94. <https://doi.org/10.1080/13698030600593856>.
- Winnicott, D. W.** (1945). The observation of infants in a set situation. *The International Journal of Psychoanalysis*, 26, 229–249.
- Winnicott, D. W.** (1949). Hate in the countertransference. *The International Journal of Psychoanalysis*, 30, 69–74.
- Winnicott, D. W.** (1956). Primary maternal preoccupation. En J. Sutherland (Ed.), *Collected papers: Through paediatrics to psycho-analysis* (pp. 300–305). Tavistock Publications.
- Winnicott, D. W.** (1958). The capacity to be alone. *The International Journal of Psychoanalysis*, 39, 416–420.
- Winnicott, D. W.** (1960). The theory of the parent-infant relationship. *International Journal of Psychoanalysis*, 41, 585–595.